

EL ETHOS DEMOCRÁTICO EN EL PUEBLO VENEZOLANO

Prof. Dr. José Luis Da Silva*

Abstract

The present paper has two purposes: First offers to definition democratic «Ethos» with the purpose of minimize the conceptual ambiguity. The second instance, is to track through a bunch of events of contemporary history of Venezuela the existence of the democratic «Ethos»

En primer lugar, bueno será aclarar lo que entendemos por *ethos* democrático, para renglón seguido ver si es posible identificarlo con el pueblo venezolano. *Ethos*, palabra griega que significó en un primer momento morada, lugar donde las bestias se resguardaban ante las inclemencias del clima. Con el tiempo el significado fue desplazándose, al punto que terminó por señalar aquello que dice ser *el carácter* de los hombres, o para hablar en lenguaje de la academia, su segunda naturaleza. En cierta medida, esta segunda naturaleza viene a constituir un hogar para la primera naturaleza, aquella que bien podríamos, para no complicarnos mucho, llamar instintiva o natural. En consecuencia el carácter no se padece ni se carga a costas, sino que requiere de un proceso experimental acompañado de no pocos aprendizajes, o para simplificar las cosas llamemos a

*El Profesor **José Luis Da Silva** es Licenciado en Filosofía por la UCAB. Magíster en Filosofía por la Universidad Simón Bolívar. Doctorando en historia por la UCAB. Locutor. Ha sido profesor del Instituto Universitario Seminario Interdiocesano Santa Rosa de Lima y de la Universidad Metropolitana. Ha participado en innumerables Seminarios, Congresos, Coloquios y Jornadas de reflexión. Autor de diversas investigaciones y trabajos en el área de filosofía. En la actualidad se desempeña, académicamente, como profesor de Ética profesional en la escuela de comunicación de la UCAB, de Filosofía Moderna y del Seminario de Filosofía Moderna en la escuela de Filosofía de la UCAB. Y profesor de Bioética, Ética Social, Filosofía IV en el postgrado de filosofía de la UCAB en Montalbán y en la extensión UCAB Ciudad-Guayana.

estos aprendizajes, consejos. La formación del carácter viene endosado a una necesaria experiencia, un curtir, o si se quiere, modelar los estímulos naturales, para fines que tienden a mejorar las meras formas naturales de vida. De más está decir, que nunca se culmina el proceso formativo, porque sencillamente la segunda naturaleza —las conductas— pretendiendo arropar o resguardar de la intemperie a la primera naturaleza —los instintos— encuentra más de una prescripción o consejo. Es por ello que nos topamos en la historia de la moral y de la ética con infinidad de posturas, algunas francamente irreconciliables entre sí. Ahora bien, lo que me interesa retener del *ethos* es su condición formativa. En el cual el carácter será visto como una vestimenta, cuya finalidad yace en la capacidad que puedan tener los individuos de afrontar los golpes del destino. Por una parte, este afrontar reposa, en un estar educado para, y por la otra el discurrir educativo ha de inscribirse dentro de un proceso histórico y cultural.

Zanjado el uso que haremos del término *ethos*, toca delimitar lo que podemos entender por el vocablo democracia. Con fines pedagógicos, sería bueno abordarla en primer lugar como forma de gobierno, y en segunda instancia como lo que representa su ejecución en el seno de la sociedad, o para aportar claridad a lo dicho, lo que éste término significa descriptivamente para los individuos que conforman una comunidad política. Con el primer caso se busca deslindar democracia de monarquía y aristocracia, ya que todo gobierno que se dice llamar democrático fundamenta su legitimidad en la soberanía del pueblo. Digamos que esta línea representa el factor que ha imperado en la definición de democracia desde los clásicos griegos hasta nuestros días. Y posiblemente sea la forma que tiene el viandante de denotar el término democracia. Razones de sobra tiene porque apunta a su raíz etimológica —*demos*— pueblo y —*kratein*— gobierno, señalándose con ello todo sistema político por el que el pueblo de un Estado encuentra las vías para poner en práctica su soberanía. Pero aún queda por indicar cuál es el modo de ejecución de esta práctica. Puede ser de manera directa o, en cambio, de forma representativa. La primera guarda relación con la concepción que tenía su uso en la *polis* griega, la segunda en cambio, ha de ser vista en un contexto moderno, siendo J. S. Mill su principal portavoz. Desde esta segunda óptica el proceso para la definición de democracia adquiere una torsión debido a una importante corriente de pensamiento llamada liberalismo. Se tiende a pensar que democracia y liberalismo son lo mismo, y no es cierto. Digamos que esta molesta conexión ha sido una especie de interposición necesaria que, procurando darle un mínimo de practicidad al uso de lo democrático ha terminado por crear no pocas dificultades para su correcta ejecución. La tensión referida descansa en que hablar de democracia obliga al

discursante a tomar en cuenta lo que se debe entender por derechos ciudadanos, libertades políticas y sociales, igualdad ante sus semejantes y autonomía. Oigamos a Chantal Mouffe «...es crucial comprender que, con la democracia moderna, hemos de encarar una nueva forma política de sociedad cuya especificidad emana de la articulación entre dos tradiciones diferentes. Por un lado tenemos la tradición liberal constituida por el imperio de la ley, la defensa de los derechos humanos y el respeto a la libertad individual; por otro, la tradición democrática cuyas ideas principales son las de igualdad, identidad entre gobernantes y gobernados y soberanía popular...» (*La paradoja democrática*: p. 20). Ante esta difícil encrucijada hemos optado por ver en la democracia aquello que como dispositivo ha de servir para que los individuos puedan, si no solucionar sus conflictos, por lo menos minimizarlos, llevándolos a niveles que logren ser tolerables para las partes afectadas. Se desprende, de esta manera de ver las cosas, que estamos pensando en el ejercicio democrático necesitado de mecanismos los cuales bien pueden ser llamados de negociación, el caso de Rawls, o de acuerdo, el caso de Habermas, sin entrar a extendernos en cada una de estas propuestas con fines discriminatorios, lo único que nos interesa dejar sobre el tapete es la necesidad que tiene la moderna democracia de valerse de pactos como única vía posible para ejecutar principios tan loables como la libertad, los derechos humanos, la igualdad y la soberanía, entre otros. Digamos, entonces, que los pactos sirven, primero para que las partes logren mediante el dialogo un punto de equilibrio, y segundo como posibilidad para racionalizar sus intereses buscando puntos de encuentro, los cuales tiendan a la sana convivencia. Entonces la democracia es aquello mediante lo cual los individuos aprenden a ceder parte de sus beneficios, sin que esto signifique pérdida alguna de sus derechos, no se trata de usurpación.

Con nuestra preocupación terminológica buscamos diferenciarnos de las concepciones populistas y paternalistas de la democracia. La democracia no aporta las soluciones, sólo el ambiente por medio del cual los individuos con cierta educación cívica, o si queremos, republicana cediendo parte de sus intereses pueden primero lograr minimizar las fricciones, y segundo, señalar que tan realizable sea la tolerancia, la convivencia y la paz. Solo así entenderíamos una democracia. Como un proyecto de aprendizaje necesitado de la fricción, de los desequilibrios, en fin, de una sociedad en continua ebullición. En consecuencia, somos de la idea que *ethos* democrático no es un logro personal o el fin de un proceso social, sino un continuo aprendizaje, una cultura ciudadana cada día más exigente, porque obliga a la participación. Participación que ha de sostenerse en el saber cuándo se debe escuchar y cuándo toca hablar. Ha de

quedar claro que la fortaleza o fragilidad que sostiene la participación descansa en la capacidad de cada uno de los individuos de una comunidad para racionalizar sus peticiones procurando su realizabilidad, lo que obligaría a la clasificación, mediante pactos, de cuáles serían los niveles de beneficios mínimos tolerables por una comunidad y cuales sus niveles de sacrificio. Situación de la que no deben escapar los propios gobiernos.

Veamos entonces, si este marco conceptual encuentra cabida en el contexto venezolano.

Podemos decir, que en las fiestas carnestolendas de 1928, hubo una primera aproximación al *ethos* democrático, por cuando se solicitaba una mayor participación del pueblo en los destinos de la República. Claro, esto tenía el inconveniente siguiente, el administrador de aquella República era un dictador que trataba a sus gobernados como ovejas de un rebaño, y le costaba siquiera pensar que sus ovejas pudiesen tener derechos y mucho menos la autonomía suficiente para deslegitimar su tutoría. No obstante, la gracia le costó, a varios de los jóvenes estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, un encierro aunque benigno y temporal, siempre incomodo. Allí tuvieron la oportunidad de recibir las primeras lecciones marxistas de boca de Pío Tamayo. Fue suficiente para comprender que el Estado tenía como su labor principal reestablecer no sólo el orden sino el necesario equilibrio ante una sociedad siempre desajustada. Fue una visión benigna, ya que su puesta en marcha no tenía por objetivo aprisionar a los ciudadanos sino ofrecerles los beneficios de un Estado conciente de las necesidades. Queda claro que la institución capaz de percibir las necesidades de los ciudadanos era sin discusión los partidos políticos. Especie de comodín entre el Estado y la sociedad, a la vez parte integral de las democracias representativas. Bajo esta vía se buscaba que las masas pudiesen participar en la vida pública, por medio de los partidos los cuales serían sus representantes ante el Estado. En pocas palabras se estaban dando los elementos necesarios para vestir con la cultura democrática a un pueblo acostumbrado a seguir al caudillo de turno.

La segunda experiencia aparece casualmente un febrero, pero esta vez de 1936. Una protesta popular de dimensiones jamás vista con anterioridad exige al nuevo gobierno libertades políticas y de expresión. Por primera vez, el gobierno se ve exigido a exponer un plan de gobierno, llamado el *Programa de Febrero* del Presidente Eleazar López Contreras. Programa que buscaba minimizar las tensiones, pretendiéndose formalizar pactos que fuesen creíbles para la sociedad de entonces. Será el momento de mayor auge de los partidos

políticos y la apertura de los canales de participación civil.

Una tercera experiencia llega 22 años después, un 23 de enero, cuando el nivel de organización social logra derrocar un régimen negador de libertades. Los distintos sectores de la sociedad se darán a la tarea de identificar sus semejanzas a lo largo de 1957, al punto que logran romper las cadenas de un gobierno dictatorial implementando una democracia representativa. El rol de los partidos políticos será determinante en esta fase del proceso. Es digno de mencionarse que para derrocar la dictadura fue necesario que los distintos sectores pudiesen viabilizar sus acciones mediante acuerdos concertados. Además, derrocada la dictadura, fueron necesario pactos para la necesaria gobernabilidad. Reacuérdense al pacto de Punto Fijo, el pacto de Ancha Base, etc. Es indiscutible que, desde entonces, los ciudadanos han aprendido no solo a vivir en democracia, sino a vestirse con sus ropajes. Si bien exigen autoridad o, lo que pudiésemos llamar, gobiernos fuertes, no están dispuestos a vivir en un régimen totalitario. Más bien estaríamos a la espera de implementar dispositivos para mejorar los niveles de aprendizaje ciudadano y de lo que significa una cultura dialógica donde la democracia fuese asumida como un servicio válido, al tiempo que el menos traumático para disminuir las tensiones sociales.

Ahora bien, y después de dejar constancias históricas sobre la presencia del *ethos* democrático en el pueblo venezolano, podemos hacer las siguientes preguntas, con el exclusivo fin de procurar la participación de todos los asistentes a estas Jornadas de reflexión filosófica: ¿sirve o no la democracia que tienen los venezolanos, por lo menos aquella que vino al mundo un 23 de enero de 1958? ¿El problema está en sí misma o en el adjetivo que le coloquemos? ¿Ha cubierto esta democracia las expectativas, ha satisfecho las esperanzas, en definitiva, ha valido la pena? Ya afirmativa o negativa, la respuesta requiere y exige una justificación. Ha llegado el momento que, al parecer, ya no es pertinente conservar las mismas ideas y pretender aplicar el mismo remedio que, mal que bien, había funcionado en pasados tiempos, a los nuevos problemas. Es más, el tiempo de la reflexión y de la rectificación, suenan ahora como excusa para no hacer nada o dejar las cosas tal y como están, no sea que se echen a perder más de lo que ya están. Se percibe cierta irritación cuando son convocadas mesas de concertación, de consensos, de reflexión etc., cuando como resultado de estos encuentros queda el sinsabor de no haberse resuelto ninguna de las disyuntivas planteadas. ¿Acaso se ven mejorías en materia económica, asistencial, educacional o laboral? La respuesta que sale desde todos los caminos es negativa. Parece que los tiempos que corren exigen que ciertos mitos sean

dejados a un lado, de lo contrario, se pudiera caer en una vorágine de la que el país ha tenido no pocas experiencias en el pasado¹. Pero ¿esto desdibuja el *ethos* democrático o más bien lo confirma? Es una pregunta que dejo en el aire.

¿Será que la vía a seguir está en profundizar los proyectos en ejecución o, por el contrario, girar ciento ochenta grados el estilo de hacer política? Dejar que las políticas se deslicen más por la pendiente que nos llevan a las nuevas experiencias del socialismo europeo, o en cambio deslizarnos por la pendiente que nos llevan al llamado «neoliberalismo», identificado en las recetas del FMI. No obstante, las cosas no son tan sencillas. No se trata de escoger uno de dos caminos, porque entre otras cosas se pueden dejar las cosas tal y como están, o retornar al pasado, por eso de pensar que todo pasado fue siempre mejor. Si bien ese pasado terminó por socavar las bases programáticas de los partidos políticos distorsionando el fin para el que fueron creados. Acaso dentro de un esquema cada vez más clientelar podría exigirse, primero pensar por uno mismo, y después exigirle esa tarea a los demás. Tarea que bajo las mejores y más loables intenciones intentó llevar adelante, quien fuera el primero y el último en ocupar la cartera del Ministerio de la Inteligencia en tiempos de Luis Herrera. ¿Se puede dirigir los destinos del país con inteligencia? O mejor dicho ¿contar con gente inteligente?, el propio Platón tuvo que encarar ese problema en su República, con resultados históricos un tanto penosos. Pero reconocer esta realidad significa que no se posee aquello que venimos identificando, o que falta más bien mucho por aprender. La democracia como, culto al diálogo, no es una receta fácil que podamos comprar en la quincalla. No es un simple ceder, se trata de una cultura cívica que compromete a todos los integrantes de una sociedad a mejorar sus capacidades de respuestas ante los problemas planteados. Ser capaces de racionalizar sus propuestas ante los organismos del Estado. Entiéndase, Poder Central, Gobernación, Alcaldía, etc.

Lo que si es cierto es que no parece que la democracia, esa que ha llegado al umbral de los noventa, pueda en los años que siguen rumiar sus ideas en una opípara mesa en algún reputado espacio del sur-este de la capital².

¹ Aníbal Romero, *La crisis de la democracia venezolana*. 1994.

² «Venezuela 1992 parecía, en los primeros seis meses post-4F, un callejón sin salida. Se habían presentado las más variadas fórmulas: reforma constitucional, Asamblea Constituyente, referéndum, anticipación de las elecciones, renuncia presidencial, Gran Acuerdo Nacional, pacto AD-Copei, pacto alternativo y hasta nuevo golpe militar, efectivamente producido el 27N.» Jesús Sanoja Hernández, *Procesos electorales en Venezuela*, 1998: p. 169

Quizás deba, o por lo menos aparentar, su gusto por la mesa autóctona, por eso de comprender los cambios que requiere el país, volviendo a las tradiciones, a la familia, a eso que un tiempo se dio en llamar las buenas costumbres, entre las cuales el honor y la honestidad llevaban la voz cantante, o por lo menos aparentaban serlo.

La unidad nacional, tan manoseada en los discursos políticos, fue perdiendo lozanía, su frescura de antaño, y antes de traspasar la frontera de los setenta quedó definitivamente disuelta ¿Por qué? Miremos por un momento los registros históricos. En el año de 1968 llega un nuevo Presidente a Miraflores, con la particularidad que lo representa un partido diferente de aquél que en dos oportunidades seguidas había ganado el favor popular. Es cierto, fue el momento para calibrar el talante democrático de los hombres y de las instituciones. Trampas, pues, serían muy fáciles de hacer, pero, y hay que reconocerlo, tanto el gobierno saliente como su partido honraron uno de los principios más sagrados de la democracia, a saber, respetar los resultados, apretados, eso sí, pero resultados al fin que daban al oponente una limpia victoria. Espalдарazo a eso que era reconocido como una democracia representativa. Ni que dudar de un pueblo que prefería ir a las urnas antes que al monte para echarle tiros al gobierno, y que «pa' tumbarlo», pretendiendo así cristalizar el sueño dorado de los grupos aglomerados en la izquierda, a saber: una segunda Cuba. Bueno ¿y es que alguien en el pueblo, más allá de los camaradas, entendían eso que se llamaba maoísmo, guevaristas o fidelistas, como negación de elecciones y con ello de la propia esencia de la democracia? ¿Acaso se sabía lo que pregonaba Marcuse por entonces? No. La gente estaba pendiente de las casas que se hacían por aquí, de la escuelita que se inauguraba por allá, de una nueva carretera acullá, etc. Y es que esa estrategia de abandonar el juego democrático, la oratoria y el intercambio de ideas por las armas, no terminaba de convencer, y como la izquierda se empecinaba en su intento, fue ya tarde cuando se percató que había perdido su lugar dentro del juego político, dejando a sus anchas a los partidos del status, ayudando a alimentar, a pesar de los pesares, a esa deforme criatura llamada bipartidismo. Lo que se perdió no fue la formación para un proceso democrático, sino que los actores políticos no supieron combinar sus indumentarias quedando anclados en el quietismo de sus ideas y de sus intereses; no poca culpa tienen en no haber salido a tiempo del sistema populista de conciliación, como le gusta llamar a Juan Carlos Rey (*El futuro de la democracia en Venezuela*. 1998)

Mezquino sería decir que en la década de los sesenta los únicos irreflexivos fueron los radicales, también lo fueron adecos y copeyanos que, lejos de reflexionar sobre por qué la gente, una década atrás, había salido en masa a sacar al Pérez Jiménez de la presidencia, votaba masivamente en 1968 para que fuese electo Senador por el partido Cruzada Cívica Nacionalista. En vez de reconsiderar sus actitudes y oír las peticiones populares, optaron por inhabilitar políticamente al pérfido dictador tras la aprobación de la primera enmienda constitucional ¿Por qué no se oyó la «voluntad del pueblo»? más allá de estas recomendaciones se dieron a la tarea de afianzar un modelo político pendular.

Dejar que una tercera opción estuviese siempre presente, obligaría a un reacomodo de las ideas y de las políticas del gobierno, porque no es lo mismo llegar de segundo, que llegar de tercero. No es lo mismo ser la segunda fuerza del país, que la tercera. Como tampoco sería lo mismo ser la primera fuerza en el ejecutivo pero la tercera en el legislativo. En estas condiciones la propuesta de una democracia representativa estaría acompañada siempre del fragor y del compromiso con los electores. No es lo mismo sentirse mayoría, si bien circunstancial, que minoría que ha de aprender a pactar acuerdos de convivencia política. Se puede decir que los jefes máximos de los principales partidos no estaban dispuestos a correr ningún riesgo y optaron por dirigirse mutuamente flores e improperios. Eso sí, siempre enmarcado en el juego democrático. La idea de una tercera opción llega tarde, aunque siempre bien recibida, y llega cuando emerge un partido de izquierda. Tendrá que darse a la ardua tarea de convencer al electorado, jurando y perjurando que reconoce la supremacía de los valores democráticos por encima de ciertos totalitarismos con los que hasta hace muy poco se sentían plenamente identificados. Tendrán que comenzar a construir con la cabeza³ lo que habían destruido con los pies. Podríamos decir que por momentos la desidia y la flojera tomaron el lugar que debería ocupar el necesario aprendizaje del *ethos* democrático.

Pero la tarea no es fácil, ya que los setenta vienen cargados con regalos de todo tipo, la principal fuente de riqueza está siendo por primera vez en la historia de la economía mundial justamente valorada y, en consecuencia, bien pagada. Con tal caudal de recursos no hay que reparar mucho en si un programa funciona o no funciona, pues hay espacio para yuxtaponer programas. Curiosamente, los modos y maneras cambiaron, la imagen de una revolución que conduciría al pueblo más allá de la lucha de clases, y que como tarea

³ En esta vía van los trabajos de Teodoro Petkoff. Sobre todo la ponencia titulada «*Democracia y socialismo*» en 1979 pronunciada en el Ateneo de Caracas.

asignada estaba pendiente, buscándose finalmente emular la ya mítica revolución cubana, fueron dejados de lado por otra imagen no menos mítica y extraña: La Venezuela Saudita, y con ello no solamente se encontraban las arcaicas de las instituciones atiborradas, sino que se comenzó una cruzada por la democracia en distintas regiones de Latinoamérica, por lo que los aguerridos y heroicos cubanos tuvieron que exportar sus ideas de izquierda y su revolución al África. Fueron tiempos donde la OPEP, conformada por países del Tercer Mundo, dialogaba de tu a tu con los países del Primer Mundo, tiempos de una Internacional Socialista fuerte. Con la llegada de los *petrodólares*, la necesidad por repensar las bases ideológicas de los partidos parecía un exabrupto, además de que se está en un país tropical que invitaba a otros placeres de la vida ¿Hay algo que más satisfaga al ser humano que el consumo de bienes y servicios? Viajar, conocer mundo, ser recibido en los mejores lugares, no preocuparse por las averías automotrices, «años nuevo carro nuevo», etc. En estas condiciones, qué ha de hacerse con el sabio consejo de la abuela que conminaba al ahorro — «a guardar mijito para el futuro» — porque nunca se sabe. Pero, ¿qué era lo que sucedía en definitiva?, pues que junto con las apreciadas y queridas cosas materiales de la abuela había que guardar también, eso sí, bien en el fondo del baúl de los recuerdos, los consejos de la anegada y siempre preocupada abuelita. Fue el facilismo y la renta la que dejaron momentáneamente interrumpidas las labores de enseñanza del *ethos* democrático. Mala maña esa de buscar el auxilio de otros, antes que los méritos propios para ascender cuantitativa y cualitativamente.

No obstante, mientras más era el dinero que llegaba, eran menos los que demostraban capacidad para un manejo racional de los mismos. Y como era de esperar, ante una vida más plácida, con un aparato rentista trabajando a las mil maravillas, las virtudes públicas se fueron relajando, más allá de lo permisible, al punto, que irrumpiendo en la década de los ochenta, ya son demasiados los escándalos de corrupción administrativa, sin que los poderes públicos hagan algo al respecto. Serán los tiempos del poder moral, ese que conminaba a los políticos a bien comportarse, so pena de ser juzgado por la intransigente vara de la honestidad y el decoro. Tuvo que llegar el fatídico viernes negro, para que la pata económica que había sostenido el sistema se resquebrajase y, junto con la «pata falsa» o simplemente decorativa, llamada moral, se comenzasen a generar fisuras donde poco a poco irán calándose el malestar, y la desconfianza ante las consignas que proferían los representantes del bipartidismo.

Con el quiebre del sistema económico la pata política tendrá que hacer de tripas corazón y comenzar una cruzada por la rectificación, por el reconocimiento de una crisis que es menester afrontar con entereza y desprendimiento. Se vuelve a invocar una y otra vez el espíritu de unidad, aquella que tantos frutos rindió el 23 de enero de 1958. Pero es que la situación, por momentos, emulaba al enratonado que, tras los excesos étlicos de la noche anterior, se levanta lleno de achaques, nauseas e imposibilitado para enfocar la realidad circundante. No se sabe a ciencia cierta en qué terreno se está pisando, si bien se promueven las enmiendas constitucionales y se ofrecían vías para rediseñar al Estado, por medio de la COPRE, estaban personas como Carlos Blanco que señalaban que lo propuesto por la comisión era muy avanzado para las mentes tropicales del país, mientras que personas como Domingo Alberto Rangel decían que eran, desde todo punto de vista, unas consideraciones muy conservadores y hasta timoratas, que el país exigía cambios más profundos. Lo cierto es que se sentía que la democracia representativa estaba llena de paradojas.

Sólo un hombre con la moral suficiente podría sortear con tino los malos tiempos y llevar el barco de la República a buen puerto. No se trataba de inconsecuencias, o desatinos por una política inconclusa o mal proyectada. Los partidos que antaño conformaron la Junta Patriótica se habían convertido en más de una docena, sin notarse el menor esfuerzo por componer un diálogo constructivo. Los dos principales partidos que sostenían en mayor medida el control social y económico, prometían guerra sin cuartel, con la finalidad quizá de desmarcarse del muy mal visto pacto de punto fijo. Ni la izquierda, ni la derecha, ni aquellos que se decían independientes eran capaces de ofrecer respuesta a los retos que el presente iba mostrando. Se fueron desarrollando todas y cada una de las etapas de lo que sería una sociedad estable y en condiciones de competir con sus homólogas, si no del primer mundo, por lo menos con sus vecinas del tercer mundo. Pero en vez de consolidar los principios institucionales de una nación democrática, creyendo que se podían lograr con solo dedicar todos los esfuerzos por expandir hasta lo indecible la franja de las clases medias, para que ella aportase las ideas que mejor pudiesen calzar con los tiempos modernos, tenemos que el proceso no terminaba por consolidar un movimiento social sólido, o lo que en los noventa era llamado con mucha insistencia; «sociedad civil». Pues siendo la sociedad civil variopinta en sus intereses, se tornaría intragable para más de un dirigente acostumbrado a la conducta hegemónica de un pueblo que sigue siempre detrás del líder de turno, el verse rodeado por más de una exigencia, sin coincidencias ideológicas. Y en esta misma situación los partidos políticos fueron quedando presas del

oportunismo y del clientelismo, por lo que la necesaria conversión de un País mono-productor y rentista hacia uno netamente productor y generador de riquezas y empleos sólidos, quedó varado a mitad de camino. Esta paradoja llegó a su clímax cuando, acabado el caudal de «petrodólares», los venezolanos se encontraron con un país no solo deudor, sino que, comparado con los vecinos latinoamericanos, poseía la mayor deuda per capita del continente.

Por ello, y llegado a los noventa, se insiste una y otra vez en la revisión de los esquemas, y no ciertamente como creen algunos por temor a una revolución, al tiempo que se fortalecen las organizaciones vecinales y comunitarias, aparecen grupos ecológicos; eran tiempos de poner en marcha políticas para la descentralización. Juega un papel de primera línea el trabajo desempeñado por la COPRE, pero aunque siempre son buenos los cambios, cuando se trata de ampliar los canales participativos de los ciudadanos, lamentablemente, la tardanza en su implementación conlleva costos políticos que más temprano que tarde se terminan pagando. Lejos de darse los cambios en un clima en el cual los partidos políticos demostrasen solidez ideológica, acontecen cuando estos se encuentran en trámites de divorcio con la base que lo sustenta. Los canales de implantación, sólo posible si no se hubiese truncado el aprendizaje dialógico, en lo que se pudiese llamar el juego de la influencia y las presiones de cada uno de los partidos, perdió eficacia, y con ello no quedaba más que seguir la vía de los cambios radicales, de fondo, y sobre todo comenzó a sonar muy bien todo aquello que invoca la constituyente. Los partidos políticos quedaron atrapados en los entresijos de un Estado inoperante, de ahí que les costará mucho escuchar los reclamos populares como también cumplir con su vocación de servidores públicos. Han perdido movilidad, y lo que es peor, capacidad de respuesta. Ello se hizo patente cuando irrumpió en el año de 1992, un 4 de febrero y después, un 27 de noviembre. En ambas fechas, dos golpes militares fallidos, que si bien no contaron en su momento con la gente, no es menos cierto que esa misma gente no salió a defender la democracia, sino que se quedó apática en sus casas⁴. La excusa de estas dos intentonas pues, la que ha servido siempre para romper por las buenas o por las malas con un gobierno, la corrupción, la inmoralidad, la injusticia y el desprecio por el pueblo. Qué tan cierto o no hay en estas justificaciones cuando llegamos a 1992, ha sido tema de muchos libros, conferencias y charlas de café.

⁴ Manuel Caballero. *Ni Dios ni Federación*. 1994.

Estamos ante una década que paso a paso va indicando el final de un proyecto y de una Constitución, y con ello de una manera peculiar de entender eso que se llama democracia representativa. Los dirigentes políticos no fueron capaces de percibir, tal y como fallaron en 1968, ante el fenómeno de Pérez Jiménez, lo sucedido en las elecciones de 1993. No pudieron prever el final de un sistema que en los últimos veinticinco años había desembocado en un bipartidismo sin respuestas, porque no tenían con quien competir. Otra voz de alarma fue la escasa votación del 93, lo que ofrecía al gobierno electo de Rafael Caldera poco piso popular, lo que lo llevaba a lidiar con una opinión pública poco favorable y con una economía por el suelo, con un barril de petróleo en límites insoportables y una veintena de bancos quebrados con miles de miles de ahorristas en bancarrota. Es más, mal síntoma que a escasos años del siglo XXI, los venezolanos volviesen a colocar en la Presidencia a dos ex presidentes, demostrando esto la poca confianza en la generación de relevo ¿Acaso no fueron suficientes los inmensos recursos destinados a los proyectos educativos y de capacitación de recursos humanos? ¿O es que la dirigencia emergente quedó para pieza de decorado? Una cosa importante, esto no significa que se ha perdido el *ethos* democrático, sino que necesitaba de un reacomodo, de una puesta en marcha de propuestas que pudiesen viabilizar los conflictos hasta encontrar mayores niveles de participación ciudadana, siempre en un marco constructivo y dialogante. Los pactos son para seguir adelante, no para anidarse en ellos impidiendo el desarrollo de un sistema.

La supuesta revolución económica anunciada y puesta en marcha por el intragable Paquete Pérez, que buscaba modificar el modelo rentista por uno productor, quedó a medio camino, en parte por la incapacidad gubernamental, en parte porque la sociedad no estaba muy dispuesta a cambiar un modelo por otro, por el sólo hecho de un lejano futuro mejor. Los sacrificios no eran pocos y las garantías, escasas. Además, verdadera revolución sería modificar el modelo populista que ha acompañado el discurso político venezolano desde sus albores. Siempre se buscó mostrar el lado beneficioso de los programas, ocultando sus costos, mucho de los cuales han sido subsidiados por los «petrodólares», lo que lo hacía por demás imperceptible. No obstante, en tiempos de ajustarse el cinturón, ¿cómo explicar a la gente que toda decisión política no sólo tiene beneficios sino costos, algunos de los cuales pueden representar pesadas cargas sobre los hombros de los venezolanos, en especial de los más desprotegidos del sistema? Faltaba entre las lecciones, enseñar a los ciudadanos, incluyendo a los políticos en el combo, lo que significa una política democrática de costos compartidos ¿Pero cómo íbamos a calarnos esa, si real era lo que sobraba? Es más, como

justificar estas cargas en un país donde se les enseña a los mozuelos, desde la más tierna edad, que han tenido la fortuna de nacer en la patria de Bolívar, y además, contar con inmensas riquezas naturales. Nada de absurdo tiene llegar a la peregrina conclusión, aceptada como válida, de que algunos pocos se han robado grandes extensiones del país que no les correspondía. Y eso había que remediarlo. Tocaré ver si los ideales bolivarianos serán capaces de enmendar el entuerto. Y proveer de nuevos y más honestos partidos políticos a esta noble tierra, de una economía que tenga la justeza requerida para la distribución de los recursos y, sobre todo, que sea capaz de hacer justicia a los verdaderos valores, aquellos que la izquierda nunca se cansó de enunciar en los años de democracia post 58 y que la dirigencia representada por el puntofijismo jamás tuvo el tupé de considerar.

Claro, en estas circunstancias, cómo no escuchar, por más incomprensible que esto sea, al Mesías Salvador que con la espada de Bolívar viene a por la verdadera independencia de los venezolanos. A poner los acentos donde corresponde, a llamar las cosas por su nombre. Alguien que no pueda ser identificado con el llamado puntofijismo, aunque sí con la heroica Junta Patriótica, aquella que fue capaz de postergar sus ansias de poder en aras de preservar el modelo democrático, la libertad y la verdadera igualdad, pero que, a la vuelta de la esquina, se vio traicionada por la oligarquía y los fariseos de la política. Recuperar los verdaderos ideales democráticos sacando del gobierno a todos y cada uno de los traidores.

Revolución política, eso es lo que hace falta, porque eso de dialogar es muy complicado y se han perdido muchas lecciones democráticas, ya porque faltaba el maestro ya porque el alumno no asistía. Además que bueno es que alguien, *motus* propio, tenga el firme propósito de acabar con uno de los males que más socavan la legitimidad de los gobiernos, la corrupción y el incumplimiento de las promesas.

De todas maneras, es a todas luces muy pronto para calibrar el efecto que pueden producir en la sociedad venezolana tantos cambios revolucionarios en los tiempos que corren. Primero, una nueva Constitución, que borra la llamada democracia representativa por una participativa y directa. También es demasiado pronto para ver los resultados que las nuevas instituciones pudiesen aportar al colectivo, primero en lo concerniente a la administración de los recursos, y segundo el papel de la justicia social. El nuevo modelo político no busca, ni por asomo, pactar con la vieja política, es más, irá expulsando de sus filas a todos aquellos que de alguna u otra manera coquetean con el pasado. Es más, se

hace llamar República Bolivariana de Venezuela, para con ello marcar con tinte ideológico los nuevos valores democráticos, no se trata de cualquier libertad, sino la bolivariana, no se trata de cualquier justicia, sino la bolivariana, y así con todas aquellas cosas que puedan imaginarse. No basta con reconocerse demócrata sino ha de serse demócrata a la bolivariana. Sin saber a ciencia cierta, si con la nueva democracia las minorías no tendrían ningún valor o fuesen objeto de cívico respeto ¿Acaso la democracia bolivariana pregona su legitimidad sobre una mayoría perenne y no circunstancial, como y de manera reiterada había sido la tónica desde los tiempos del 23 de enero de 1958? Por otra parte, si Bolívar había sido gran santo de devoción de la política criolla, pues llegamos a los tiempos donde se está colocando la primera piedra para el vaticano venezolano. Y el Teniente Coronel, el Sumo Pontífice de esta Liturgia que aún no ha llegado al controvertible pasaje de la multiplicación de los panes.

El 23 de enero será, en lo siguiente comparado con el 4 de febrero, la segunda se presentará cada vez más como la verdadera vuelta a los ideales perdidos, celosamente guardados en el mitológico museo de los proyectos e idearios de la izquierda venezolana, que saldrán ahora para relucir sus más espléndidas virtudes. Se pregona a los cuatro vientos una verdadera revolución, que para ser sinceros, queda a medio camino entre la revolución cubana y la revolución de la Gran Venezuela, aquella de los recursos inagotables, recordada como la Venezuela Saudita. Lo cierto, y en ello no hay que quitarle méritos al gobierno bolivariano, es que la sociedad venezolana se encuentra en ebullición, quizá fuera necesario este remesón, para, primero, hacerle caer en cuenta a los ciudadanos que ir tras promesas mesiánicas no da dividendos y, segundo, que toda decisión tiene sus costos, y que como lección, aunque tarde, bien recibida, porque sólo así la democracia establecida a partir de 1958 pudiera, con este nuevo giro encontrar caminos donde la conflictividad lograra tornar a niveles más sensatos. Y tener con ello el tiempo suficiente para repensar el uso que se le ha venido dando a valores tales como: alternabilidad en el poder, libertad de pensamiento, libertad de expresión, libertades políticas, libertad al disenso, el respeto por las leyes y por los gobiernos. Son tiempos de retomar las lecciones momentáneamente suspendidas de lo que significa dialogar, ceder y racionalizar las propuestas de convivencia y desarrollo social y económico. Solo que ahora las lecciones parecen dictarse en la calle. Bueno, dicen por ahí que la calle es la mejor universidad de la vida, quién sabe, quizás tengan razón los que así pregonan.

Son tiempos de calle y manifestaciones. De cambios vertiginosos, aun cuando parezcan más decorativos que estructurales. Como también de citar, a

diestra y siniestra, a Bolívar, tentación que confieso no puedo evitar en este momento. Ya que una honda impresión me ha causado una de sus últimas cartas, cuando cercano se encontraba a su muerte y donde cae en cuenta que no todas las decisiones tomadas pudieran ser consideradas como aciertos, a lo mejor el ejercicio de la guerra no dio tiempo a considerar que posiblemente ciertas estructuras del anterior régimen pudiesen aún mantenerse en pie. De nada valieron entonces «La carta de Jamaica» y el «Discurso de Angostura», cual muros de contención de un proceso que se estaba engullendo todas las estructuras del pasado:

Nunca he considerado un peligro tan universal como el que ahora amenaza a los americanos: he dicho mal, la posteridad no vio jamás un cuadro tan espantoso como el que ofrece la América, más para lo futuro que para lo presente, porque ¿dónde se ha imaginado nadie que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?...Esto es único en los anales de los crímenes y, lo que es peor, irremediable...⁵

Esperando que la experiencia democrática no nos lleve por los derroteros de la antropofagia, último estadio del populismo y límite en el cual la República dejaría de llamarse tal, para ser cualquier cosa menos República. Demos, pues, inicio a la necesaria, tarea nunca concluida de seguir cultivando el ejercicio dialogante. Son tiempos de poner a prueba nuevamente el *ethos* democrático del pueblo venezolano. Nos tocará encontrar sus signos en los tiempos que corren.

⁵ Transcribimos parte de la carta que el 16 de octubre de 1830, en la localidad de Soledad, le envía Bolívar al General Rafael Urdaneta. (Bolívar, 1961 Obras Completas: V. III, p. 475).
